

Jornaleras, temporeras y bóias frias



El rostro femenino
del mercado de trabajo
rural en América Latina

Sara María Lara Flores
(coordinadora)



Instituto de Investigaciones
de las Naciones Unidas para
el Desarrollo Social - UNRISD

Nueva
Sociedad 

Jornaleras, temporeras y *bóias-frias*: el rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina

Sara María Lara Flores

(coordinadora)



UNRISD
Editorial Nueva Sociedad

Primera edición: 1995

La posición de los autores de este libro no refleja necesariamente los puntos de vista oficiales de las instituciones que han auspiciado su publicación.

© UNRISD

© Editorial NUEVA SOCIEDAD

Apartado 61.712 Caracas, 1060-A, Venezuela

Telfs.: (058-2) 265.18.49, 265.53.21, 265.99.75

Fax: (058-2) 267.33.97, Télex: 25163 ildis-vc

Edición al cuidado de Eufemia Hernández

Diseño de portada: Carmela Gutiérrez

Composición electrónica: Cecilia Zuvic

Impreso en Venezuela

ISBN: 980-317-088-0

Introducción _____	7
<i>Sara María Lara Flores</i>	
I. Flexibilidad productiva, cambios tecnológicos y feminización de la agricultura de exportación latinoamericana	
La feminización del trabajo asalariado en los cultivos de exportación no tradicionales en América Latina: efectos de una flexibilidad salvaje _____	13
<i>Sara María Lara Flores</i>	
La cuestión de género en la reestructuración de la agricultura ecuatoriana _____	35
<i>Lucía Salamea y William F. Waters</i>	
El mercado de trabajo y los cambios técnicos en la fruticultura argentina: las trabajadoras de los galpones de empaque de manzanas y peras _____	49
<i>Mónica Bendini/Cristina Pescio/Marta Palomares</i>	
II. Impacto de la agricultura comercial en las relaciones de género en el campo latinoamericano	
Cambios en la división sexual del trabajo y en las relaciones de género entre la hacienda y la empresa exportadora en Chile _____	61
<i>Ximena Valdés Subercaseaux</i>	
Mujeres <i>bóias-frias</i> : el difícil arte de vivir en Brasil _____	73
<i>Maria Aparecida Moraes Silva</i>	
III. Relaciones de género y división sexual del trabajo en los procesos de producción agrícola de exportación	
Del castañal a la fábrica: división sexual del trabajo y persistencia de patrones tecnológicos en Brasil _____	89
<i>Edna Maria Ramos de Castro</i>	

Las manos más hábiles de los empaques: el aguacate y el mango en Michoacán _____	103
<i>Blanca Suárez</i>	
Las temporeras de la fruta en Chile _____	123
<i>Sylvia Venegas</i>	
IV. Salud en el trabajo y salud reproductiva	
La estacionalidad del empleo y la salud de las temporeras de la fruticultura en Chile _____	147
<i>Julia Medel/Verónica Riquelme</i>	
Mujeres trabajadoras rurales: salud, reproducción y ciudadanía en Brasil _____	163
<i>Deis Siqueira/Lourdes Bandeira/Mostafa Amin</i>	
V. Movilización social y formas de simbolizar el trabajo	
¿Cómo las trabajadoras agrícolas de la flor en México, hacen femenino el proceso de trabajo en el que participan? _____	181
<i>Ofelia Becerril</i>	
Las trabajadoras <i>bóias-frias</i> en la lucha por la tierra en Brasil _____	193
<i>Vera Lucía Botta Ferrante</i>	
El trabajo temporal femenino en el norte de Chile y sus implicaciones a nivel familiar y comunitario _____	209
<i>Francisca Browne/Dalal Garib/Marcela Loyola</i>	

Introducción

Sara María Lara Flores

Este libro trata de las mujeres que laboran como asalariadas en los campos agrícolas de varios países latinoamericanos. Analiza su trabajo, las condiciones en las que viven y laboran, la forma como estas condiciones se reflejan en su salud, tanto mientras están ocupadas como cuando están desempleadas, y la manera como ellas simbolizan e imaginan su vida y su trabajo.

Sin embargo, no es un libro que se limite a hablar sólo de las trabajadoras pues analiza también las relaciones en las que ellas se encuentran insertas dentro de las empresas, en la casa, en las calles, en los asentamientos o en las colonias, entre otros muchos espacios. Y es que nuestra intención no ha sido crear un campo autónomo de análisis que estudie a las mujeres como si ellas constituyeran una particularidad o una especificidad apartada de un universo, comúnmente pensado en masculino. Aunque nos preocupa darle visibilidad social a las asalariadas del campo, ya que muy pocos se han interesado en estudiarlas, también nos preocupa que puedan ser contempladas a la luz de las relaciones sociales de las que forman parte; relaciones que son de clase, de género y generacionales.

Analizamos el trabajo de las asalariadas del campo destacando la importancia de las ramas agrícolas en las que ellas participan y su comportamiento en la nueva división internacional del trabajo. En este contexto, resalta el hecho de que las ramas más dinámicas de la agricultura latinoamericana, actualmente constituidas por los productos de exportación no tradicionales, lejos de haber marginado a las mujeres, muestran una tendencia creciente a su incorporación, al punto que algunas autoras hablamos de un proceso de feminización del trabajo asalariado agrícola (ver, en este libro, los trabajos de Becerril, de Lara, de Salamea/Waters y de Valdés).

Este proceso se manifiesta de manera cuantitativa por la importante participación femenina dentro del sector asalariado rural que interviene en la producción y acondicionamiento de flores, frutas y hortalizas de exportación. Pero también se expresa de manera «cualitativa», como lo señalan Salamea/Waters, en una nueva forma de inserción del trabajo femenino que ofrece una gran disponibilidad y capacidad para adaptarse rápidamente a las distintas formas de producir, comercializar y procesar los productos. Estos autores destacan la flexibilidad como un factor clave en la reestructuración de los sistemas agroalimentarios que se explica no sólo por la incertidumbre propia de la agricultura y de los productos altamente perecederos que se manejan, sino por la fuerte competencia en los mercados internacionales. No obstante, es necesario resaltar, como lo hago en mi trabajo, que las nuevas tendencias posfordistas, presentes en la agricultura latinoamericana, aparecen al lado de procesos productivos que siguen siendo organizados bajo

formas tradicionales y sistemas de producción en masa (fordistas y tayloristas).

Este panorama conforma un complejo mapa de experiencias laborales para las asalariadas agrícolas. Ellas están involucradas en formas de trabajo tan arcaicas como en el caso de la recolección y procesamiento de la castaña del Brasil (Castro), o en labores tan rudas como el corte de caña de azúcar (Botta Ferrante y Moraes). También constituyen la principal fuerza de trabajo contratada en los *packings* de fruta en Chile, Argentina y México, en donde predomina el trabajo en cadena (Bendini et al., Castro, Suárez, Valdés, y Venegas), a la vez que son protagonistas de la puesta en marcha de nuevas tecnologías y formas de organización flexibles, como puede verse en las empresas florícolas de México (Lara).

Desafortunadamente, la creciente participación de las mujeres en la agricultura latinoamericana, y su intervención en distintos sistemas de trabajo, no son reflejo de un cambio en las relaciones de género ni en la división sexual del trabajo. Los estudios de Ximena Valdés y de María Moraes son reveladores a este respecto. Ellas muestran cómo se modificó el trabajo de la mujer al transformarse las antiguas haciendas cerealeras en empresas frutícolas en Chile; o en el noreste de Brasil, cuando los antiguos colonos y aparceros se convirtieron «en mera fuerza de trabajo». En ambos casos, estos cambios permitieron que las mujeres fueran contratadas directamente, sin necesidad de que intervinieran las figuras del padre, del marido o del hermano, como sucedía otrora. Pero a esa «individualización de la fuerza de trabajo» no ha correspondido una ruptura de los lazos anteriores de dominación, más bien ha traído un desplazamiento hacia nuevas figuras centradas ahora en el patrón, el administrador, los fiscales y otros individuos que simbolizan un poder no sólo de clase, sino de género (Moraes).

Estos personajes que organizan los procesos de producción, lo hacen bajo una estricta división sexual de tareas que refleja el carácter desigual de las relaciones de género. Así, en los procesos más tradicionales y hasta en los más modernos, esta forma de dividir la fuerza de trabajo, con criterios sexistas, se vuelve una constante en la agricultura latinoamericana.

La mayoría de los casos que aquí se analizan dan cuenta de cómo la división del trabajo en los procesos productivos no es simplemente una división técnica de tareas sino una manera de aprovechar mejor la fuerza de trabajo sexualmente diferenciada, a la vez que una forma de organizar el trabajo jerarquizándolo (Castro). Y es en esa jerarquía donde se expresa la desigualdad en las oportunidades que se brindan a las mujeres y a los hombres. Una desigualdad que se inicia en las formas de reclutamiento, sigue con el tipo de tareas y de puestos que se les asignan, con las formas de pago, el horario de trabajo y la temporalidad del empleo.

Aunque existen modalidades distintas en las formas de contratación de la mano de obra en cada país, las cuales tienen que ver con una tradición y una historia particular, es un hecho que en todas partes se reproducen las asimetrías fundadas en las diferencias de género. La mayor parte de los textos que se incluyen en este libro encuentran que las tareas que se asignan a las mujeres son las más rutinarias (corte, selección, empaque de productos), realizadas en forma manual o con instrumentos muy simples (tijeras, cuchillos, pinzas), mientras los hombres dise-

ñan, manejan y se encargan del mantenimiento de la maquinaria. También demuestran que, allí donde la tecnología es atrasada y caduca, ellas sustituyen manualmente las deficiencias tecnológicas, tal como en las industrias de procesamiento de la castaña (Castro). Los nuevos métodos de organización flexibles en las empresas más modernas (Lara), y los cambios tecnológicos (Bendini et al.), no sólo no resuelven estas asimetrías sino que en algunos casos las refuerzan.

Esta situación se traduce en una asignación diferenciada de puestos que coloca a las mujeres en los estratos más bajos de la jerarquía ocupacional, argumentando que su trabajo no requiere ninguna calificación porque se trata de tareas manuales que sólo implican delicadeza, habilidad y paciencia. Nada más falso: aunque trabajen con sus manos o con instrumentos sencillos, las asalariadas agrícolas adquieren en las empresas la calificación necesaria para ocupar los puestos que desempeñan. Muy seguido, incluso, cuentan con un cúmulo de conocimientos que permite suplir a técnicos o ingenieros. No obstante, se niega a las mujeres el estatuto de personal calificado porque se considera que sus saberes son el resultado de atributos naturalmente femeninos y no de una capacitación (ver Lara, en este libro).

Si las empresas logran gozar de estas ventajas que les ofrece la mano de obra femenina es porque muy pocas veces las mujeres en el campo encuentran otras alternativas laborales a su alcance. Venegas señala que las opciones de empleo para las temporeras de la fruta en Chile son «pocas y malas», por lo cual la fruticultura se convierte en su mejor opción. Su estudio muestra que para las trabajadoras que hoy se encuentran en su etapa de madurez el trabajo doméstico fue la primera experiencia laboral, situación que ha cambiado para las nuevas generaciones que ingresan directamente a la fruticultura.

También en México las trayectorias laborales de las trabajadoras de los empaques de mango y de aguacate (Suárez), así como las de las floristas (Becerril), permiten saber que el desarrollo de esta nueva agricultura orientada a la exportación ha ofrecido a las mujeres una alternativa diferente al servicio doméstico. Destino que les esperaba, a pesar de contar, la mayoría de las veces, con un nivel de escolaridad bastante alto comparado con el promedio regional. Ellas han cursado, al menos, la educación primaria, algunas tienen estudios de secundaria y hasta de bachillerato. Ofelia Becerril encontró que un 15% de sus entrevistadas tenían incluso estudios técnicos, sin embargo, eso no había significado un medio para mejorar su situación laboral, ni un mecanismo de ascenso social.

A diferencia de lo que encuentran Bendini et al. en Argentina, en donde las mujeres que trabajan en los galpones de fruta tienen un promedio de edad de 40 años y una antigüedad de 10, en la mayoría de los casos estudiados las trabajadoras tienen muy poca experiencia laboral previa. Son mujeres jóvenes, con edades que van de los 13 a los 25 años y la mayoría solteras. Este perfil ofrece el contexto necesario para que las empresas cuenten con una mano de obra cautiva, disponible en todo momento para emplearse en las condiciones que ellas determinan, en trabajos eventuales, sin horario definido, con pago por tarea y por lo regular sin prestaciones sociales.

El ejemplo de Chañaral Alto, en Chile, descrito por Francisca Brown et al., es

revelador de esta situación que hace del género y la edad una manera de obtener más ventajas. En este caso, las empresas contratan un importante número de jóvenes, normalmente estudiantes, para quienes el trabajo en los empaques tiene un significado particular. Si bien es una fuente de ingresos, estas jovencitas encuentran allí un lugar de entretenimiento durante las vacaciones escolares y un espacio para conocer a otras personas de su edad, por eso no ven la necesidad de exigir mejores condiciones laborales. Para esta población el trabajo en los *packings* es algo eventual, no sólo porque se limita al verano sino porque es transitorio en sus trayectorias de vida. Por el contrario, para las mujeres adultas y con hijos esta alternativa de empleo es la mejor que tienen, aunque manifiestan que les gustaría un trabajo más estable. Para ellas el carácter temporal del trabajo no es una opción personal ni voluntaria, sino una imposición de las empresas (Venegas).

Con esta comparación, Francisca Brown et al. destacan la necesidad de considerar la posición diferencial de las mujeres en el mercado de trabajo de acuerdo con la edad, el estado civil y el hecho de que tengan hijos o no. Su texto resalta las diferencias generacionales entre las asalariadas agrícolas, y hace evidente que no es posible estudiarlas como un bloque homogéneo que resultaría sólo de su posición de género.

Estas diferencias con frecuencia las utilizan los propios empleadores y capataces fomentando desigualdades entre las trabajadoras. María Moraes describe cómo, en los cañaverales y en los naranjales, los fiscales asignan las mejores áreas de corte a las mujeres más atractivas, o a aquellas que aceptan sus piropos y se someten al asedio sexual. En este ambiente, las mujeres mayores y con hijos tienen menos oportunidades de ser contratadas, y más fácilmente se las coloca en las peores áreas de corte, o en los puestos más ingratos de los empaques. Esta situación pone al descubierto que las relaciones de género y las asimetrías no sólo confrontan a hombres y a mujeres, sino que atraviesan también a cada grupo y crean distinciones en su interior.

Uno de los mitos que se rompe con algunos estudios que aquí se presentan es que las mujeres son las que ganan los peores salarios. Venegas y Valdés, en el caso de Chile, destacan cómo las temporeras pueden ganar más que los temporeros. Pero su trabajo se concentra sobre todo en los *packings* en donde los salarios dependen de la productividad individual impuesta por los capataces, con el riesgo de ser despedidas si no alcanzan las cuotas fijadas por la empresa. La báscula se convierte así en el símbolo del control de esta productividad (Castro). Además, Venegas y Valdés muestran que los períodos de contratación para las temporeras son más cortos que para los hombres, por lo cual ellas tienen que ganar, en un lapso menor, lo necesario para sobrevivir todo el año, lo que las lleva a intensificar su actividad al máximo a costa de su salud.

Su salud está así directamente asociada a las condiciones en las que laboran. Muchas enfermedades que padecen son resultado del manejo de agroquímicos y sustancias tóxicas, lo que se hace sin contar con alguna protección o con la capacitación adecuada; otras son provocadas por problemas posturales, al estar de pie todo el día o agachadas; y son producto de la intensificación de sus actividades en largas jornadas de trabajo sin tener descansos; algunas son también la expresión

de los «riesgos del desempleo». Medel/Riquelme hacen un análisis de los síntomas y enfermedades que sufren las mujeres no sólo mientras trabajan, sino cuando están en cesantía. Encuentran que durante los períodos de desempleo aumentan los malestares provocados por la angustia de no tener ingresos, los problemas de soledad y de aislamiento, producto de su reclusión en un «espacio invisibilizado, silenciado y subvalorado», como lo es para ellas el hogar en estas circunstancias.

También la salud de las asalariadas se asocia a las condiciones en las que viven: la sobrecarga de trabajo por el número de horas que dedican a las tareas domésticas; la ausencia de infraestructura para desempeñar estas tareas, especialmente en lo que se refiere al cuidado de los hijos; la precariedad de los sistemas de saneamiento, agua potable, drenaje, recolección de basura, etc. (Siqueira et al.).

Finalmente, la salud de estas mujeres se refleja en su capacidad reproductiva. Los datos que nos ofrece el estudio de Siqueira et al. muestran que más del 42,6% de las trabajadoras que entrevistaron habían perdido uno o más hijos, y más del 42% tuvieron hijos que nacieron muertos. Como lo indican las autoras, esta mortalidad se debe muy probablemente al manejo de productos tóxicos y a la sobrecarga de trabajo. «Cada espacio, hogar y empresa les exige tanto, como si el otro no existiera» (Medel/Riquelme).

Hay que tomar en cuenta, que pocas veces ellas cuentan con prestaciones por maternidad o con guarderías (aun si en algunos países están previstas por ley); tampoco tienen el apoyo de sus maridos para realizar el trabajo del hogar, y muchas son «madres solteras» o «jefas de familia». Esto explica por qué el 57% de las entrevistadas por Siqueira et al. expresaron no querer procrear más hijos y recurrieron, en un alto porcentaje, a métodos tan drásticos como la esterilización.

Las enfermedades o molestias que presentan las trabajadoras son, entonces, el resultado de las condiciones en las que viven, así como del cansancio acumulado después de varias temporadas de trabajo intensivo, en situaciones que suponen mucha presión (Brown et al.). Además, muchas de estas mujeres comenzaron a trabajar muy pequeñas, incluso antes de los diez años (Siqueira et al.).

Sin embargo, no debe menospreciarse en el análisis de las asalariadas agrícolas los aspectos que ellas mismas plantean como positivos. Conocer gente, relacionarse, «pasarla bien», ganar su propio dinero, y otras muchas razones que ellas han expresado, demuestran que el trabajo es también fuente de placer y de salud (Medel/Riquelme).

Varios de los estudios que se incluyen en este libro destacan que las asalariadas rurales no son sujetos pasivos de una dominación de clase y de sexo. Por el contrario, ellas están en constante movimiento, cuestionando a diferentes niveles estas relaciones, a veces en forma individual y aislada, a veces en forma colectiva, en una dialéctica que va de la «interiorización de la sujeción» hacia la «subversión a esa sujeción» (Moraes), y que empieza en sus propios hogares, con sus padres y sus madres, sus hermanos, sus maridos y sus hijos.

Si bien el margen de acción en el que pueden actuar estas mujeres es muy estrecho, la capacidad para subvertir su mundo, aunque sea desde el imaginario, es muy grande. Porque en ese mundo, «subirse a un camión solas», andar en las calles sin un hombre que las acompañe, ir y venir de la casa al empaque, ganar su dinero

y gastarlo, constituyen verdaderos actos de subversión al que ellas han tenido que atreverse. Por eso, si unas sueñan que ese mundo de opresiones puede acabarse con el matrimonio y otras creen que bebiendo alcohol lograrán liberarse de esas formas de sujeción (Moraes), para las *bóias-frias* estudiadas por Vera Botta Ferrante, el reto es imaginar un futuro diferente atreviéndose a luchar colectivamente en sindicatos, presentando demandas laborales o invadiendo la tierra, con la idea de contar con un espacio donde puedan edificar sus ilusiones.

Varios estudios destacan que las relaciones sociales en las que se inscriben estas trabajadoras son dinámicas, y que ellas intervienen tanto en su construcción como en su desconstrucción. De esta manera, resulta importante saber que esa transformación se opera desde el imaginario, desde las formas como ellas simbolizan su trabajo y reformulan los tiempos y los espacios establecidos por las empresas, como los «feminizan», incorporando sus propios tiempos, sus ciclos de vida y sus trayectorias personales (Becerril). Así, si para las empresas el tiempo se relaciona con la productividad y con el mercado, para las trabajadoras los ciclos de producción se relacionan con su vida, con hechos personales que las «han dejado marcadas». Porque el espacio laboral es para ellas al mismo tiempo el espacio «donde ingresaron siendo niñas para salir viejas y cansadas», al mismo tiempo que es un espacio de encuentros amorosos y de conflictos personales por integrar su vida personal y su trabajo. Todo ello «entrelazando su memoria con la cronología de las cosechas», como lo señala Edna Castro.

Indudablemente, las formas de subversión son diversas, porque existen diferencias culturales importantes de un país a otro, a la vez que fuertes semejanzas, y porque la historicidad de estas relaciones ha seguido su propio curso. Pero en cualquier caso, es importante destacar que la transformación de las relaciones en las que se encuentran insertas ha tenido que pasar por su propia imagen, y que en esa imagen su experiencia como trabajadoras ha resultado también una experiencia positiva que las valoriza y les otorga confianza en sí mismas.